

Padre nuestro.

Domingo, 04/07/2010, Domingo XIV Ordinario del ciclo C.

Jesús nos llama a servir a Dios en nuestros hermanos los hombres.

Comentario bíblico de LC. 10, 1-20.

1. Necesitamos a Dios.

Cuando Jesús comenzó su Ministerio público, se rodeó de un grupo de discípulos que, conforme surgían nuevas necesidades en la pequeña comunidad de creyentes que crecía rápidamente, aumentó en gran manera, hasta el día en que, después de pasar una noche entera orando, nuestro Señor decidió elegir a doce de sus discípulos, a los cuales llamó Apóstoles, con el fin de que le ayudaran a coordinar las diversas actividades que llevaban a cabo sus discípulos, con el propósito de remediar las necesidades de los creyentes en conformidad con los medios de que disponían para llevar a cabo su propósito. Recuerdo que hace varios años, una de mis lectoras me preguntó por qué se rodeó nuestro Señor de hombres para llevar a cabo la misión de predicar el Evangelio, cuando Él se bastaba para cumplir perfectamente esa labor, pero lo cierto es que Jesús quiso acompañarse de sus hermanos los hombres, para así vivir más plenamente sus gozos y penalidades, y porque su tiempo entre los hombres era muy reducido, a pesar de que su obra tendrá que seguir llevándose a cabo hasta que la tierra sea llamada Reino de Dios.

Aunque prácticamente han transcurrido veinte siglos desde que Jesús predicó el Evangelio en Palestina, a pesar de que muchos países han evolucionado muchísimo en todos los aspectos, aún siguen existiendo las mismas necesidades que impulsaron al Hijo de María a rodearse de discípulos para llevar a cabo su labor.

Jesús les dijo a los setenta y dos discípulos que comisionó para que predicaran el Evangelio temporalmente:

""La mies es mucha, y los obreros pocos. Rogad, pues, al dueño de la mies que envíe obreros a su mies" (CF. LC. 10, 2).

Muchos que carecen de nuestra fe pueden afirmar que no necesitan a Dios porque nadie puede valorar lo que no conoce ni posee, pero los católicos tenemos la firme convicción de que el mundo necesita a nuestro Padre común. Es cierto que no todos los cristianos somos grandes ejemplos a imitar, pero también es verdad que, si la fe en Dios fuera un valor a tener en cuenta en el mundo, viviríamos en un perfecto estado de paz, no sabríamos lo que es la pobreza, y, en general, no existiría el mal en ninguna de sus formas. Aunque desgraciadamente muchos laicos les dejan el trabajo de la predicación a los religiosos, para comprender la necesidad de Dios que tenemos, nos es necesario recordar el trabajo que han hecho a lo largo de la Historia y aún siguen haciendo muchos religiosos y laicos que, durante toda su vida o un tiempo determinado, se han consagrado exclusivamente a cumplir la voluntad de nuestro Padre común. Aunque actualmente las imprentas pueden imprimir grandes cantidades de versiones de la Biblia en muy poco tiempo, se nos hace necesario recordar los años que muchos traductores del hebreo y copistas le han dedicado a la copia de la Palabra de Dios, con el fin de que la misma llegara a nuestro tiempo íntegramente.

2. Para nosotros no es fácil vivir cumpliendo la voluntad de Dios.

Jesús les siguió diciendo a los setenta y dos discípulos que comisionó para que predicaran el Evangelio:

"Id; mirad que os envío como corderos en medio de lobos" (LC. 10, 3).

En el mundo siempre ha existido la tendencia a rechazar lo que es desconocido por miedo a que ello sea perjudicial. Aunque la mayoría de los católicos vivimos en paz y Muchos tenemos la dicha de vivir en países en que la mayoría de sus habitantes son nuestros hermanos de fe al menos teóricamente, no podemos olvidar que muchos de nuestros hermanos de fe están siendo maltratados y asesinados por no renegar de su fe, tal como les sucedió a muchos de los primeros cristianos. Aún recordamos el caso de un matrimonio de Afganistán que, por no renunciar a su fe, fue maltratado, así pues, el empresario en que trabajaba el cabeza de familia quemó vivo a su empleado, y violó a la mujer delante de sus hijos.

Todo el mundo sabe que los cristianos hemos cometido errores a lo largo de la Historia, pero pocos son los que saben que muchos de nuestros hermanos de fe, están haciendo obras de caridad sin recibir a cambio de ello nada más que desprecio y un trato injusto por motivos ajenos a dichos cristianos. Quienes nos manifestamos como creyentes hasta el punto de llegar a predicar o de inmiscuirnos en alguna actividad pastoral, somos semejantes a los psicólogos que tienen que contarles a sus pacientes algunas de sus debilidades del pasado para demostrarles que se han superado para hacerles creer que ellos también pueden hacerlo, al mismo tiempo que tienen que cuidarse de que sus clientes algún día en que estén a la defensiva porque no les gusten los temas que tratan con ellos, no les echen en cara sus sufrimientos de antaño.

Normalmente hacemos cosas que no estamos obligados a llevar a cabo por mero placer, pero el activismo cristiano en ciertas circunstancias, sólo desde el punto de vista de la fe, y desde el punto de vista de la necesidad de Dios que tiene el mundo, no deja de ser placentero, porque el optimismo cristiano tiene que ver la necesidad apremiante de actuar como un reto, y no como un camino de dificultades, a menos que se dé el caso de que muchos creyentes tengan que elegir entre soportar sufrimientos de variada índole, o renunciar a su actividad cristiana.

3. Para cumplir la voluntad de Dios, no podemos dejarnos arrastrar por la estéril acumulación de bienes mundanos.

"No llevéis bolsa, ni alforja, ni sandalias. Y no saludéis a nadie en el camino" (LC. 10, 4).

Cuando nos disponemos a viajar, lo primero que preparamos es la ropa que necesitamos para vestirnos los días que vamos a estar fuera de nuestro hogar. Jesús nos dice que a la hora de vivir según la fe que nos caracteriza, que no nos preocupemos por tener calzado de repuesto, que no nos preocupen los bienes materiales exceptuando los que necesitemos día a día, dando a entender que, quienes no somos religiosos, no debemos esperar a sabernos la Biblia y el Catecismo de memoria para predicar, pues, de querer aprender tanto, moriríamos sin decirle a nadie que tenemos fe en Dios.

Por otra parte, cuando nuestro Señor nos pide que no saludemos a nadie en el camino, nos alerta para que nos cuidemos de no interrumpir nuestras actividades de cristianos para hacer cosas que no son necesarias en un determinado momento. Hace varios años, una predicadora de una religión no católica, le dijo a mi mujer que quería venir a nuestra vivienda a predicarle la verdad. Mi mujer aceptó la invitación por cortesía. Cuando la predicadora llegó a nuestra vivienda, se dio la casualidad de que su hijo la llamó por teléfono, diciéndole que se había comprado un coche nuevo. Dado que ella hubiera querido haber acompañado a su hijo para ver qué coche se iba a comprar, aquella situación fue un motivo suficiente para que se olvidara de la Biblia, y se dedicara a hablarnos durante unos minutos de su hijo que no era creyente, antes de irse corriendo, sin ni siquiera tener el detalle de quedar para volver otro día. Si aquella mujer era cristiana, sabiendo que estaba en su horario dedicado a la difusión de su fe, tendría que haberse ceñido a la realización de su trabajo, o haberse disculpado, fijando otro día y hora para volver a hacer su trabajo.

4. Deseémosles a quienes les prediquemos que alcancen la plenitud de la felicidad.

"En la casa en que entréis, decid primero: "Paz a esta casa." Y si hubiere allí un hijo de paz, vuestra paz reposará sobre él; si no, se volverá a vosotros" (LC. 10, 5-6).

En los años de acercamiento que he vivido a diversos grupos cristianos con tal de conocer sus interpretaciones de la Biblia, me ha sorprendido cómo muchos cristianos se cuidan de quienes no pertenecen a sus iglesias o congregaciones como si los tales fueran emisarios del demonio. Tales cristianos creen que sólo ellos son dueños de la verdad, y piensan que, quienes no son sus hermanos espirituales, sólo son indeseables cuyo contacto tienen que evitar, con tal de no pecar como supuestamente lo hacen los tales. Estos cristianos tan despectivos, por no querer ser como quienes llaman "la gente del mundo", no se dan cuenta de que caen en el pecado del desprecio, pues, como sabemos, Jesucristo nunca despreció a nadie, lo cual no significa que dejara de defender sus creencias en ningún momento.

5. ¿Qué derechos tenemos los predicadores con respecto a quienes adquieren la fe por nuestro medio?

"Permaneced en la misma casa, comiendo y bebiendo lo que tengan, porque el obrero merece su salario. No vayáis de casa en casa. En la ciudad en que entréis y os reciban, comed lo que os pongan" (LC. 10, 7-8).

A lo largo de los años que he trabajado como catequista en una pequeña iglesia y he transmitido la Palabra de Dios a través de Internet, he tenido la oportunidad de conocer a mucha gente deseosa de predicar la Palabra de Dios. Siento decir que muchos de los predicadores laicos que he conocido han abandonado su actividad alegando para ello el rechazo e incomprensión de la mayoría de sus oyentes, y el acoso social de que han sido víctimas, al abogar, -por ejemplo-, por la erradicación del aborto. Mientras que en nuestra vida hacemos muchas cosas por mero placer, desgraciadamente, de nuestra actividad de predicadores, muchas veces debemos esperar incomprensión y rechazo.

"Nosotros hemos sembrado en vuestro campo bienes espirituales; ¿será mucho pedir que cosechemos de vosotros algún bien terreno? Si otros se consideran con derecho a ello, mucho más nosotros. Y, sin embargo, no hemos querido utilizar este derecho. Preferimos soportar lo que sea, a fin de no crear impedimento alguno al mensaje de Cristo. Bien sabéis que los ministros del culto viven de ese ministerio y que los que sirven al altar participan de las ofrendas que se hacen en él. De forma semejante, el Señor dispuso que quienes anuncian el mensaje evangélico vivan de esa tarea. Pero yo, ni he hecho uso de ninguno de esos derechos, ni os escribo estas líneas para que me sean reconocidos. Prefiero morir antes que nadie me arrebatase este motivo de orgullo. Pues de anunciar el mensaje de salvación no puedo enorgullecerme. Eso es una necesidad que se me impone, ¡y pobre de mí si no lo anunciase! No puedo, pues, exigir recompensa por algo que no parte de mi propia iniciativa, sino que se me impone como tarea a realizar. ¿Dónde está entonces mi recompensa? Está en el hecho de anunciar gratuitamente el mensaje de salvación, sin aprovecharme del derecho que me confiere esa misión. Soy plenamente libre; sin embargo, he querido hacerme esclavo de todos para ganar a todos cuantos pueda" (1 COR. 9, 11-19).

Antes de continuar con la meditación del Evangelio de hoy, necesito hacer una aclaración, por causa de un malentendido que me ha surgido, por pedir donativos para construir una página web, en la que pueda ordenar todos los materiales de que dispongo, para ponerlos a vuestra disposición. Con la intención de desprestigiarme, algunos andan diciendo que pido dinero para mi uso personal, y que vivo a causa de los incautos a quienes engaño. De mí no puedo decir nada que no podáis decir quienes desde hace años leéis mis meditaciones y me conocéis, así pues, soy pensionista y, como puedo costearme la conexión a la red, puedo enviaros mis meditaciones sin problemas, pero, con respecto a quienes se han consagrado a cumplir la voluntad de Dios, -especialmente en los países en que los mismos no tienen un salario definido-, sólo puedo recordaros las palabras del Apóstol:

"Por su parte, el que recibe instrucciones en la fe, debe compartir todos sus bienes con el que le enseña" (GÁL. 6, 6).

6. Ante todo y ante todos, anunciemos la cercanía del Reino de Dios.

"Curad los enfermos que haya en ella, y decidles: "El Reino de Dios está cerca de vosotros."" (LC. 10, 9).

Como católicos que somos, mantenemos la creencia de que nuestra Iglesia fue fundada por Jesucristo, pero, a pesar de ello, nos llama la atención el fervor con que muchos cristianos no católicos leen la Biblia y se aferran a la Palabra de Dios, de manera que viven en conformidad con sus creencias. Tales cristianos tienen algo muy claro: El Reino de Dios está cerca de nosotros. Es cierto que no sabemos la fecha exacta en que la tierra será convertida en el Reino de Dios, pero la esperanza en que nuestro Padre común cumplirá la promesa de salvarnos de nuestras miserias actuales y de hacernos vivir eternamente, debería ayudarnos a realizar nuestras actividades ordinarias, especialmente si sufrimos por cualquier causa.

7. ¿Qué hacemos cuando nuestros oyentes no quieren escuchar el mensaje que tenemos que transmitirles?

"En la ciudad en que entréis y no os reciban, salid a sus plazas y decid: "Hasta el polvo de vuestra ciudad que se nos ha pegado a los pies, os lo sacudimos. Pero sabed, con todo, que el Reino de Dios está cerca." Os digo que en aquel día habrá menos rigor para Sodoma que para aquella ciudad"" (LC. 10, 10-12).

El gesto de sacudirse el polvo de los pies, significa la desaprobación de la cerrazón de quienes no querían escuchar el mensaje que les tenían que transmitir los predicadores del Evangelio.

Nosotros, cuando seamos rechazados por ser cristianos, intentaremos utilizar la asertividad con el fin de no vivir apartados del mundo por causa de nuestra fe, así pues, al mismo tiempo que respetaremos a quienes no compartan nuestras creencias, les pediremos a ellos que nos acepten como somos.

Como todos sabemos, cuatro ciudades de la Pentápolis fueron carbonizadas por causa de la inmoralidad sexual de sus habitantes. Los habitantes de dichas ciudades pecaban sin saber que su actitud era contraria a la voluntad de Dios. Jesús nos dice que, la situación de quienes conozcan el Evangelio y no dejen de pecar, será peor que la de los habitantes de la Pentápolis. Este hecho no ha de ser utilizado para infundir miedo, pues es factible el hecho de que, cuanto mayor sea la maldad de una persona, mayor sea la corrección que se le ha de aplicar.

""¡Ay de ti, Corazin! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que se han hecho en vosotras, tiempo ha que, sentados con sayal y ceniza, se habrían convertido. Por eso, en el juicio habrá menos rigor para Tiro y Sidón que para vosotras. Y tú, Cafarnaúm, ¿hasta el cielo te vas a encumbrar? ¡Hasta el Hades (infierno) te hundirás!"" (LC. 10, 13-15),.

8. ¿Qué importancia tiene el hecho de que nuestros oyentes acepten el Evangelio que les predicaremos? ¿Somos conscientes de la responsabilidad que ello implica para nosotros?

""Quien a vosotros os escucha, a mí me escucha; y quien a vosotros os rechaza, a mí me rechaza; y quien me rechaza a mí, rechaza al que me ha enviado"" (LC. 10, 16).

Si la salvación de cada persona depende de su aceptación de la Palabra de Dios, quienes anunciamos la completa instauración del Reino de Dios entre nosotros, tenemos una enorme responsabilidad sobre nosotros, pues, de nuestras palabras y buenas acciones, depende el hecho de que quienes nos oyen y/o nos conocen empiecen a tener fe en nuestro Padre común.

9. El mal domina al mundo.

"Regresaron los 72 alegres, diciendo: "Señor, hasta los demonios se nos someten en tu nombre." El les dijo: "Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo"" (LC. 10, 17-18).

El texto evangélico que estamos meditando me recuerda mis años de catequista en una pequeña iglesia prácticamente abandonada. Cuando aún no había aprendido que lo que me pertenecía era sembrar y achacaba a mi incapacidad el hecho de no producir frutos, el hecho de pensar que Dios me ayudaba, me ayudó a hacer mi trabajo el tiempo que estuve en aquel templo. Ahora que sé que sólo Dios recoge el

fruto de nuestra siembra, no me arrepiento de haber tenido aquella difícil experiencia, que, aunque fue dura, me enseñó a mantener la fe viva.

10. El poder de los predicadores.

""Mirad, os he dado el poder de pisar sobre serpientes y escorpiones, y sobre todo poder del enemigo (el demonio), y nada os podrá hacer daño"" (LC. 10, 19).

No se nos puede hacer daño a los predicadores en el sentido de que, si le somos fieles a Dios, tenemos la salvación asegurada, de la misma forma que, cuando menos lo esperemos, Dios nos dará la sabiduría que necesitemos para superar dificultades graves.

11. ¿Cuál debe ser el mayor motivo de alegría de los predicadores?

""Pero no os alegréis de que los espíritus se os sometan; alegraos de que vuestros nombres estén escritos en los cielos"" (LC. 10, 20).

Jesús, sabiendo que el cumplimiento de la voluntad de Dios nos atrae complicaciones en esta vida, nos dice que nuestro mayor gozo no han de ser los frutos que producimos porque los mismos sólo los recoge Dios, ni el amor de quienes beneficiamos que muchas veces se traduce en rechazo, sino el conocimiento de que nuestro nombre está escrito en el libro de la vida, el libro en que constan los nombres de quienes viviremos eternamente en el Reino de nuestro Santo Padre celestial.